Numero 10. Domingo 5 de Mayo de 1839. 9 cuartos.

EL ESTUDIANTE.

CONFESION.

—Diga, hijo, diga la confesion general.

—Yo pecador.... etc.

—¿Qué edad tiene?

—Padre, la misma que la revolucion: nací en junio de 808.

—Mas le valiera no haber nacido: ay, hijo, ¡qué treinta y un años tan mal empleados!

—Padre, pues todos me dicen que estoy muy espigadito.

—No es eso, hijo, no es eso; quiero decir que qué treinta y un años tan desgraciados para España.

—Eso es otra cosa.

—¿Y qué ejercicio tiene, ó qué profesion es la suya?

—Soy periodista.... Parece que se ha estremecido V., padre.

—No, hijo, no; nada de eso: el ministro del Señor, puesto en el santo tribunal de la penitencia, de nada se estremece, nada estraña, y á todo se halla dispuesto. La misericordia divina es infinita, y hasta á los periodistas puede alcanzar. ¿Desde cuándo no se ha confesado?

—Desde la última vez, padre.

—Medrados estamos, hijo; eso ya me lo sabia yo. Pero ¿cuándo fué esa última vez? ¿En la pasada pascua?

—No, señor; que yo frecuento mas los sacramentos que todo eso. No hago memoria del dia que fué precisamente; pero se puede calcular con aproximacion, porque recuerdo que desde entonces acá se han mudado unos 30 ó 40 ministros.

—Vaya, entonces no puede hacer mucho tiempo. Pues ea, hijo, diga sus culpas por el órden de los preceptos del decálogo.

—Del primer mandamiento nada hay que hablar, ni del segundo.

—Nada del segundo? Pues qué ¿no ha jurado

ningunas constituciones, infringiendo despues su juramento? No ha tomado el nombre de Dios para obligarse á las abominaciones de alguna sociedad secreta? No ha hecho otra cosa por este estilo?

—No señor, padre, no señor.

—Mas vale asi. ¿Me dijo que es periodista?

—Si señor, padre, si señor.

—Adelante.

—En lo de santificar las fiestas, si es no guardarlas emplear los dias festivos en corregir pruebas, hacer artículos de fondo, componer folletines, ajustar el número, revisar comunicados....

—Hijo, no entiendo esa algaravía; pero si todos esos son, como parecen, oficios mecánicos, no debió emplearse en ellos, y ha faltado. ¿Y sobre el cuarto mandamiento?

—Nada.

—¿Y sobre el quinto, que es no matar?

—Tengo el ligero escrúpulo de haber matado como unos diez y ocho mil hombres antes de que les llegára su hora.

—Dios te perdone, hijo! ¿Y á eso le llamas escrúpulo ligero? ¿Y cómo ha sido?

—Yo lo diré. Supongamos que se ha dado una

accion en cualquier punto de España; pues bien; al referirla yo en mi papel he solido decir, no habiendo semejante cosa: «murieron de los contrarios tantos y mas cuantos, y el campo quedó cubierto de cadáveres enemigos.» Ya ve V. que siendo esto falso, no son ellos los que mueren sino que los mato yo.

—Ya, ya; pero como tú los mates sin que ellos se mueran, no es tan fea la culpa á los ojos del Señor, aunque siempre pecas en ello; y debes referirte al octavo mandamiento, mas no al quinto.

—¿Y habrá perdon para este linage de pecados?

—¡Hijo! ¿pues qué cristiano duda de eso? ¿No le he dicho que la misericordia de Dios y su bondad son inmensas?

—Pues, padre, me alegro mucho; no tanto por mí, como por algunos amigos que tengo en los estados mayores, en el ministerio de la guerra, y en la redaccion de la Gaceta.

—Pero, dígame, ¿qué fin os llevais en esas falsedades?

—¡Ps! dicen que convienen para reanimar el espíritu público.

—Pues antes yo diria que para escitar las risas del público.

—Padre, no lo crea V.: el público se mama semejantes bolas con mas gusto que un muchacho goloso una docena de merenges. El periodista que habla la verdad al pueblo y no le adula, es hombre perdido; el que mas medra es el que mas bajamente estudia el modo de lisongear sus pasiones, y contentar su paladar grosero, porque los lectores entendidos y amantes de la realidad desnuda son los menos.

—¡Triste oficio, hijo, triste oficio! Miseria del mundo! ¿Cómo ha de ser?

—¿Y respecto del séptimo (1) que prohibe el hurto?

—Padre, yo no he sido nunca ministro de hacienda, ni contratista de provisiones, ni empleado en la administracion militar, ni administrador de periódicos ministeriales.....

—¿Luego todos esos hurtan?

—Todos no, padre, todos no; pero estan en grave peligro de tentacion, y yo conozco muchos que han caido en ella.

(1) Por un descuido imperdonable de la imprenta se han estraviado las diez y ocho cuartillas del artículo original antecedente á este pasage, y relativas al sesto mandamiento: los lectores disimularán que se quede ese hueco sin llenar por la premura del tiempo.

—Del octavo mandamiento ¿qué le arguye su conciencia?

—Por ahora nada mas que aquello de los facciosillos muertos; pero para cumplir con este divino mandato en adelante, tengo que hacer á V. una consulta.

—¿Qué consulta?

—El decir un periodista que no pertenece á partidos ni pandillas cuando es instrumento de alguna sociedad pública ó secreta ¿es mentir?

—Mentir es: ¿pues quién lo duda?

—Y diga V., padre, el decir un periodista «la abundancia de materiales no nos permite insertar tal ó tal cosa» cuando anda apurado para llenar su periódico y se ve casi obligado y con *tentaciones de copiar la bula y la cuenta del gasto* de su casa ¿será tambien mentir?

—¿Pues no ha de serlo? claro está que sí.

—Y el decir un periodista, «se dice esto ó lo otro» porque á él le acomoda que se diga y que la especie cunda, pero sin que nadie sino él haya dicho aquello mismo que él dice que se dice, diga V., padre, ¿será mentir?

—Digo, como tú dices, hijo, que no hay necesidad de decir que el que diga que se dice lo

que no se dice ni se ha dicho, mentirá siempre que tal digere.

—Y cuando un periodista inserta una carta que tal vez pilló al vuelo en una tertulia, y la pone como si fuera de su corresponsal, para hacer creer que tiene estensa y vasta correspondencia, ¿miente?

—Miente, como un embustero, y peca contra la divina ley.

—Entonces tambien mentirán los que dicen que hacen la oposicion al gobierno por el bien público, y es porque á ellos ó á los suyos los hagan ministros?

—Pues ya se ve que mienten.

—Y mentirán los que aparentan imparcialidad cuando todo lo convierten en pro de su partido y daño del contrario?

—Tambien mienten, por supuesto.

—Y mentirán los que hacen ostentacion de su amor al *pueblo*, cuando el toque está en que quieren que el *pueblo* se suscriba á su periódico?

—Mienten tambien, ni mas ni menos que los otros.

—Y mentirán tambien....

—Sí, hijo, mentirán todos los que digan cosa contraria á la verdad, como por ejemplo, que tú

no eres el penitente mas cachiporro de cuantos yo he confesado, y pienso confesar.

—Padre, esa es una personalidad; y dé V. gracias á que los periodistas ya hemos criado callo en esto de las personalidades, que si no, yo no deberia sufrir....

—Quien no debe sufrirte á tí, ni puede tampoco, aunque deba, soy yo, hijo. Si como te has puesto á periodista, te hubieras dedicado á machacar yesca ó esparto, no habria quien te ganára en el oficio. Uf! para mi genio!

¿Escribes tu en el *Mensagero*?

—No señor, padre; pero escuche V.

—No puedo: me has hecho faltar á mi deber excitando mi mal humor; déjame salir de aquí, y busca confesor con mas cachaza.

—No hay necesidad, yo volveré otro dia, y seguiremos; todo está reducido á hacer como cuando no se tiene gana de concluir un artículo: se abre un paréntesis, y....

(*Se continuará.*)

Carta de uno de mis corresponsales de Austria (1).

Viena 16 de Abril.

Sr. Estudiante:

Apreciable amigo mio: estrañará V. que hoy le escribo en francés, cuando todas mis cartas han ido hasta ahora en castellano; la razon de esto es que me temo mucho que V. no ha de entenderme. Habíame yo dedicado con grande ahinco en mi juventud á estudiar la lengua de Castilla, y cuando por fruto de mi trabajo conseguí leer y entender á Calderon y Cervantes me encontraba en estremo satisfecho. Mi condicion de diplomático y ministro me obligó despues á dejar las lecturas literarias para tratar solo de los asuntos políticos, y como para conocer el estado de los de España suelo leer alguna vez los periódicos, me sucede pasar columnas y mas columnas sin entender tan solo una palabra. De aquí infiero

(1) Véase el antecedente artículo en lo respectivo al octavo mandamiento.

que ya no es mi castellano el que hoy dia se usa en ese reino, y esta consideracion me retrae de escribir á V. en una lengua, que por lo visto debe de serle totalmente desconocida.

Aquí han llegado los Sres. Cea Bermudez y Marliani. El primero se apresuró á entablar sus conferencias conmigo, y yo me apresuré á insinuarle la retirada del segundo. En efecto se necesita ser todo un señor Marliani para tener la frescura de presentarse en el territorio austriaco: el caballero Cea se penetró muy luego de las razones que me asistian para *pedir* que se alejase su consocio, y *tuvo la bondad* de intimarle que retrocediese en su camino.

Quisiera, amigo mio, poder extenderme á hablar á V. con mi *natural franqueza* del asunto de nuestras conferencias; pero no siéndome permitido, solo diré que ni mis buenos deseos, ni la mediacion eficaz del hábil comisionado han tenido fuerza para poner á mi conciencia en claro que sea conveniente para el Austria *en el momento presente* reconocer explícitamente á Isabel II. Tal vez llegue un dia en que el gobierno de la jóven reina adquiera fuerza y dignidad; en que los españoles recobren su sensatez, comprando de la experiencia á costa de su sangre nuevas y

mas amargas lecciones: entonces, cuando la opinion se fije, y el juicio se recobre, el Austria no desdeñará la amistad de España. Cuando un hombre contrae una enfermedad contagiosa, el médico que le ha de salvar y los asistentes son los únicos que deben entrar en su alcoba: recobrada la salud, vuelven á visitarle y darle el parabien los amigos que por prudencia habian roto toda comunicacion con el enfermo. En cuanto á Don Cárlos, solo las personas muy ignorantes pueden creer que tenga algun peso en la balanza europea: es un instrumento de quien la política se sirve, y que llegando á ser inútil se quemará. En manos de VV. está el apresurar el momento de verle arrojar al fuego.

Si oyese V. á los charlatanes de los franceses hablar de que Cea ha extendido á mas de lo dicho sus proposiciones: si viese V. mezclada en estas falsedades la palabra de *enlace proyectado*, ú otras por ese órden, tómelo V. á risa: hay debajo de la calva de Cea mas sesos que los que ocultan algunos pelucones.

En Francia siguen alborotando como siempre para hacer poco ó nada: nuestros sesudos alemanes no aciertan á comprender cómo ciertos hombres de la importancia y talentos que se atribu-

yen á Thiers y otros, hablan tanto y mueven tanto ruido en negocios serios y urgentes. Luis Felipe los conoce: yo creo tambien conocerlos á ellos y á Luis Felipe.

A Dios, amigo mio, tenga V. salud: he aquí una larga carta para quien tiene tantos quehaceres: no sabrá V. agradecerla bastante á su afectísimo corresponsal, etc.

El Príncipe de Meternich.

NOTA. El que se burlare de la carta antecedente teniéndola por apócrifa, no entiende una jota de achaque de periódicos, ni de correspondencias de periodistas.

NOTICIAS VARIAS.

No han terminado en París las negociaciones, que en términos menos cultos pudieran llamarse *enredos*, para formar un ministerio. Se da por cierto que Mr. Thiers y el mariscal Soult estan mas de acuerdo: uno y otro presumen (yo no lo creo) de conocer á fondo la índole y carácter de

la actual guerra de España: la importancia que se da á la entrada de Thiers en el gabinete consiste en que cambiaria totalmente la direccion de los asuntos de política extranjera.

—Las noticias del estado de la guerra en el norte y en el centro, en Cataluña y en Galicia, en todas partes por fin se pueden encerrar en dos palabras, á saber: que todo va mal. De Santander escriben entre la zozobra que inspira el ruido del cañon de Ramales; de Aragon y Valencia aterrorizados por Llangostera y Cabrera; de Galicia y de la Mancha refiriendo las correrías de los bandidos, de cuyas gavillas se pesca tal ó cual facineroso, tales ó cuales armas y monturas: esto, mas bien que limpiar, es espulgar las provincias. De Avila dicen que ya anda por allí otra vez el famoso Perdiz: por último en todas partes se manifiestan los desgraciados pueblos hartos de tanto sufrir y padecer.

—Los periódicos serios insertan muy sériamente una carta de Adra (Granada, costa del Mediterráneo), en que se leen estas frases: «Es sumamente escandaloso el contrabando que se está haciendo. Por estas sierras andan los contra-

bandistas á centenares. Acaba de hacerse un alijo por la costa de Málaga de una cantidad de bultos muy excesiva....» «¿Y no tendrá remedio este mal que tanto perjudica al comercio de buena fe y á los intereses del tesoro público?....» «En todo el transcurso del año anterior entraron de contrabando por toda esta costa valor de mas de 60 millones....» «En este año llevamos dos alijos de consideracion, y mas de 30 pequeños.»

¿Qué tal? Pues los periodistas que copian esta carta como corroborando con su grave autoridad la denuncia, se van por la tarde á cualquier café, aquí, aquí en Madrid, á vista del superintendente de la real hacienda, y dando grandes voces y fuertes porrazos para llamar al mozo, le piden á gritos *cigarros*, que son por supuesto de contrabando: ¿cuál es mayor escándalo? El único modo de evitar tamaños males era que todos los buenos ciudadanos hicieran lo que yo: no fumar un solo cigarro de contrabando (1).

—El general Van-Halem ha publicado un manifiesto en descargo de su conducta, visto el cual, y lo ocurrido en Segura, me doy á entender que

(1) Véase el núm. 2 de este periódico, pág. 29.

S. E. es mucho mas hábil para la defensa que para el ataque. Achaca á otros la culpa de ciertos cargos que se le han hecho: usa de reticencias indicando que no puede decirlo todo; se queja de los ministros y de algun gefe que no ha cooperado á sus planes; pone á los periodistas de vuelta y media, como si hubiéramos hecho mas que dar publicidad á los lamentos de toda aquella desventurada comarca; en fin, dice que no atacó á Segura porque le pareció mas perjudicial que conveniente: seria muy gracioso que habiéndole parecido útil el ataque y de buenos resultados hubiera dejado de hacerle.

Lo mejor del manifiesto son las siguientes textuales palabras: «dejo al reino de Valencia mejor que le encontré, lo mismo al ejército; en Aragon ningun punto fuerte he perdido (si por cierto: ¿á que tambien deja el Aragon mejor que le encontró?) todos ellos han mejorado sus fortificaciones, por consiguiente he sido mas feliz que todos mis antecesores.» A ver, que le entren al Excmo. Sr. D. Antonio Van-Halem.

. . . . . .

—La Gaceta de ayer da oficialmente la noticia de haber sido muerto en Galicia el cabecilla faccioso José de Pazos, alias Cristino de Milmanda,

bandido que se jactaba de haber cometido 28 asesinatos, y cortado mas de 40 orejas. ¡Miren VV. que aficion de demonio! ¿Qué tal habrá recibido por allá la generalísima de D. Carlos al bueno de Milmanda cortador de orejas? ¿Y es posible que tales mónstruos se titulen defensores de la religion, y que los carlistas los protejan?

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe á este periódico en Madrid en las librerías de las *Viudas de Paz y de Cruz*; y en las provincias: Alicante en la de *Carratalá*; Badajoz, *Viuda de Carrillo*; Bilbao, *García*; Burgos, *Arnaiz*; Coruña, *Perez*; y en los demas puntos del reino, Canarias, Puerto-Rico y la Habana en *las administraciones de Correos.*

PRECIO DE SUSCRICION.

Para Madrid, llevado á la casa de los señores suscritores, por un mes. . . . . 8 rs.
Para las provincias, franco de porte, por idem. 10

EDITOR RESPONSABLE GERONIMO CACHAPERO.

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN.